

**Razones y urgencias para ensayar en el siglo XXI: contrapunteo entre
la lucidez y la ceguera**

Reasons and urgencies to rehearse in the XXIth century: I dispute between
lucidity and blindness

Dr. C. Ramón Jorge Fernández Cala^{1*}

¹Universidad de La Habana: Facultad de Comunicación, Cuba.

*Correo electrónico: cala@fcom.uh.cu

Recibido: 3/10/2018

Aprobado: 15/11/2018

Equipo editorial de Alcance, estimados:

El mundo, cada vez más pequeño, cada vez más frágil y amenazado, requiere una introspección que deleve las razones y urgencias para reflexiones críticas orientadas a las transformaciones sociales necesarias en el contexto contemporáneo.

Situ(i)ados en el escenario: ¿más cerca uno del otro?

El territorio de convivencia ubicado entre la incertidumbre y la certeza, se hace hoy cada vez más estrecho. El proceso de compresión y disolución de sus límites genera una

dinámica caótica y fragmentada en la práctica de muchos medios de comunicación que impacta decisivamente en la esfera pública. En la denominada era de la «posverdad» el valor de lo cierto es de incierto valor; la evidencia es vaciada de contenido, pierde todo sustento posible y deja de ser prueba de los hechos; mientras, el cinismo y las emociones, las simpatías y deleites, los miedos y frustraciones, la deshonestidad y la mentira funcionan como armas de secuestro de las almas y las mentes.

El mundo vive la pasmosa realidad donde el sabor de las cosas suplanta al saber sobre las cosas y el sentido común se vuelve común sinsentido. Asimismo, el vertiginoso desarrollo de las tecnologías y del audiovisual nos coloca en una plaza sitiada por lo especta(ocular) en la cual la vida pasa por la pantalla y lo que no pasa por la pantalla casi no tiene vida. Este amasijo amorfo ha subvertido las relaciones personales y sociales. El trueque práctico –también simbólico y político– en el propio espacio de coexistencia social condujo a lo que Santiago Alba nombró «condición posletrada» (2012), donde lo determinante no es el significado de la palabra en cualquiera de sus expresiones, sino el de la imagen, el código de selección visual operante en la imagosfera cada vez más insondable de las pantallas.

Sin embargo, la evidencia de este hecho no significa en ningún caso el simple reajuste en el régimen que regula los modos de observación/recepción y producción de sentido. Este es un proceso mucho más complejo, donde confluyen tres problemas esenciales: por una parte la imagen, en toda su amplitud y trascendencia dentro de las narrativas de representación; del otro lado, el dilema relacionado con la circulación y transferencia del conocimiento y, por último, la creación medial independiente o autónoma abierta a incontables expresiones, que se mueven desde las posturas más críticas hasta las excedidas por la saturación de estupidez. Entonces, en el escenario contemporáneo se han colocado sobre el tapiz las mutaciones del sentido mismo de la experiencia cultural y social, en una era donde primero se piensa cómo reproducir tecnológicamente una idea para que pueda ser vista y comprendida después.

Por supuesto, las problemáticas enunciadas no existen sin ser impactadas, sin que sus fronteras sean atravesadas en el mejor de los casos, por el discurso televisual, el videoclip musical y la publicidad comercial, donde se han quebrados los términos entre las expresiones narrativas y las informaciones. A ello se agregan, las oportunidades

otorgadas por el desarrollo tecnológico para la postmanipulación de la imagen, y, finalmente, las redes sociales como espacio viral de los conjuntos integrados y dispersos a la vez, de significados.

De ese modo, el estado de goce que se experimenta ante la seducción de la imagen, puede hacer del pasatiempo superficial el sutil sustituto del pensamiento profundo y bien manufacturado. Por otro lado, la fragmentación del sujeto, el culto a lo efímero, a la inmediatez, sumado al disfrute de lo trivial, puede despojar con facilidad al ser/lector/consumidor de toda capacidad para razonar.

La brevedad y la simplicidad se han instalado en el intelecto moderno y se diría que no dejan lugar al razonamiento complejo y elaborado. Incluso los documentos que hoy provocan o favorecen importantes reacciones sociales asombran por su sencillez y minimalismo. (Serrano, 2017: 5)

Por ello, la primera idea lleva a indagar sobre la verdadera substancia oculta en la «novedad» de estos escenarios y si su denominación obedece a otra forma de catalogar los acertijos irresueltos desde hace décadas entre los estudiosos de la sociedad o a un cambio evidenciable de su estatuto en el contexto político, social, cultural, mediático. Cualquier respuesta llevaría a situarse en un conflicto que devela la urgente necesidad de continuar las meditaciones sobre la práctica intelectual, la periodística en particular, su diversidad, el peso real de su voz ante las mediaciones de poder y, sobre todo, la relación con las audiencias cada vez más heterogéneas y dispersas.

Otra arista, es la sintomática presencia de dos fuerzas que tensan el signo de la época. Por una parte la velocidad y rápida caducidad de la información, unido a la frivolidad de muchas publicaciones y del otro lado, el control sobre la opinión, la crítica, la reflexión, cuya existencia pública está marcada por la huella de quien ejerce el poder funcional. Ambos extremos son nocivos para el desarrollo del análisis argumentado y los juicios (convergentes o divergentes) de valor sobre las ideas y hechos del contexto e impiden una verdadera comunicación reflexiva que contribuya al conocimiento y progreso cultural, a la equidad en un entorno de respeto a la diversidad y de justicia social.

En medio de este complejo escenario se requiere cada vez más de una postura crítica por parte de un sujeto capaz de interpretar el entramado social y dialogar con su contexto. Las circunstancias actuales demandan, por consiguiente, el posicionamiento progresivo de

una actitud ensayística, de un pensamiento cuestionador y valorativo, en estrecha conexión con el sentido de lo humano y los entornos en que éste se expresa, desenmascarando –al mismo tiempo– las distorsiones materiales e ideológicas que socaban la esencia del libre discurso reflexivo (Martín Alagarra, 2009: 167), que le es inherente al ensayo.

Pero, de aceptarse como válidas las posibilidades de este género y las oportunidades que ofrece como prosa de ideas, entonces cabría preguntarse cuáles serían las características de la reflexión ensayística en la actualidad cuando escasea el tiempo para extensas y reposadas lecturas; cómo se identifican sus rasgos en medio de la mixtura genérica prevaleciente hoy; qué contenidos le son propio en momentos de expansión de textos divulgativos, publicitarios e hipergrafiados; cuáles son los modos de producirla para que sus aportaciones perduren más allá de la instantaneidad, del repaso lectivo; a quién estaría sometida.

Reflexión ensayística y crítica reflexiva

La reflexividad, una de las dimensiones propias del ensayo, es reconocida desde los albores del género como la forma a través de la cual se expresa el pensamiento del ensayista. El investigador Pedro Aullón de Haro sostiene que es «el modo más característico de la reflexión moderna» (2005: 15). Fue Montaigne el primero en desplegar profundas meditaciones sobre disímiles asuntos de la vida cotidiana. Asimismo, esta particularidad se realza con el punto de vista personal del autor, de carácter subjetivo y una marcada voluntad de estilo.

Esos rasgos conceden al ensayo un sentido de compenetración con el lector, que difiere de otros géneros como el tratado, más impersonales y del cual se demanda un estricto rigor científico, apegado al dato y la evidencia. No obstante, tal singularidad provoca cierto rechazo por algunos que lo cuestionan y catalogan de inadecuado para la producción de conocimiento, para la construcción de un pensamiento válido. En contraposición a esa postura, Theodor W. Adorno resaltó el «modo metódicamente ametódico» (1962: 23) del ensayo, colocándolo como abierta protesta contra las cuatro reglas que el *Discours de la Méthode* de Descartes coloca al principio de la ciencia occidental y de su teoría. De ahí su defensa del género como fragmento de la verdad, libre ejercicio de crítica y experimentación muy ligado al contexto en que reflexiona el

ensayista, donde el pensamiento adquiere su mayor dimensión en la profundidad con que penetra los asuntos tratados y no en la manera que los reduce y desgaja.

Volviendo a Montaigne, sus ensayos dieron a la época y legaron para el futuro un ejemplo de libre pensamiento, con un sello personal y meditaciones dirigidas con intencionalidad al establecimiento de un diálogo reflexivo con el lector.

Es precisamente el carácter dialógico del ensayo el que nos coloca ante un proceso donde el lector da seguimiento a la sucesión de ideas, a los razonamientos expresados «en situación» (Besa Camprubí, 2014: 116), prestando particular cuidado al recorrido que el ensayista ha seguido durante la exposición. Significa que al ensayar el escritor devela las diversas formas y rutas por donde fluyen sus reflexiones. Por tanto, lo esencial —como advertía Lukács— no es el dictamen resultado del juicio, sino el proceso mismo de juzgar. Esta revelación se vuelve la experiencia más importante para el lector del ensayo, es la manera directa de conformar un estrecho vínculo con un modo de pensar y de producir ideas. Por ello, el ensayo no puede separarse de la reflexión, sin perder la razón que lo hace existir.

Por tanto, al tomar al ensayo debemos aceptar no solo las particularidades que le dan autonomía como género; hay que profundizar «de forma más directa, en el pensamiento de los propios autores que han forjado su transformación.» (Hernández, 2005: 159)

El ensayo y pensamiento

Es natural que sobre un tópico tan polémico surja una amplia variedad de criterios, no obstante existe un consenso que la reflexividad es un sello que distingue al género de otros y lo hace valiéndose de sus propios recursos expresivos. Para Vicente Cervera y María Dolores Adsuar el ensayo es un «proceso de escritura que se nutre de la reflexión y del libre pensamiento, y se formaliza en una escritura que no obedece a cánones ni a normas.» (2005: 9)

Si en el ensayo lo importante es el proceso mismo de meditación del autor que se manifiesta a través de una escritura de alto valor estético, entonces esa actividad lo proyecta hacia una noción elevada del pensamiento. Sin embargo, éste no se manifiesta de manera superficial o como brillo, sino cumpliendo una evidente función social, cultural, política, sirviendo para «replantear críticamente los fundamentos de la realidad

en todas sus dimensiones.» (Arenas, 2005: 57) En ese sentido el filósofo cubano Rigoberto Pupo acierta al asegurar que el ensayo es en sí mismo «una escritura crítica de reflexión y búsqueda en torno a problemas sensibles del hombre o relacionados con él.» (2004: 11)

Al ensayo le es consustancial el cuestionamiento y la duda sobre los procedimientos normativos e instrumentales. Mientras, el escritor busca la verdad a través de la polémica y el diálogo constante con el lector y su contexto. De igual modo, la experiencia ensayística se vuelve experimento, evidencia de lo conocido y la reflexión en torno a la sociedad lleva implícita la condición de no agotar el tema y mantenerlo como objeto de análisis al que retorna continuamente. La actitud crítica en el ensayo es parte del conocimiento y se asume para ir al debate, a la interpretación profunda y a la puesta en práctica de argumentos que dejan abierta las puertas a la meditación compartida con la comunidad de lectores. Por esas causas, las reflexiones constituyen una continuidad de lo precedente y la ruptura con la situación que obstruye; son sostenidas por un amplio arsenal conceptual de amplísima movilidad temática y aparecen como acciones complejas del pensamiento, intersecciones de caminos y no pérdidas por atajos. Así se va conformando la producción simbólica en el ensayo y se despliega sus facultades expresivas.

En el libro *Teoría del Ensayo*, José Luis Gómez-Martínez sustenta su punto de vista sobre varios argumentos, algunos de los cuales mantienen una estrecha relación con ideas defendidas por la Doctora Liliana Weinberg que se analizan más adelante. Como los especialistas citados anteriormente el académico otorga una alta significación al carácter reflexivo propio del género, estableciendo que este se genera:

(...) en la confrontación de dos sistemas, a la vez antagónicos y dependientes entre sí: el discurso axiológico del estar (valores que dominan y diferencian a la vez una época de otra), y el discurso axiológico del ser (la conciencia del autor de su historicidad, de estar viviendo ante un horizonte de posibilidades e imposibilidades que modelan su libertad). El ensayo hace del choque de estos dos sistemas axiológicos el tema de su reflexión. (Gómez-Martínez, 1999: 15)

El conflicto central del que parten las reflexiones y, por tanto, la naturaleza del género, Gómez-Martínez lo sitúa en la colisión y coexistencia del ensayista con el contexto y, a

la vez, con su propio yo. De ahí que el propósito no sea elaborar una obra de marcada exhaustividad, que es responsabilidad y labor del científico, sino hacer una propuesta cuya novedad provoque la valoración de lo ya existente. Por ello considera al escritor de ensayos un «especialista de la interpretación» (1999: 22) nacida desde la perspectiva de su subjetividad.

Por su parte, Liliana Weinberg ha dedicado varios de sus textos al análisis de lo que denominó «una tercera dimensión (...) la dimensión de la interpretación» (2004: 3) en el ensayo. Ello nos permite abordar asuntos que van desde la comprensión del mundo hasta la dinámica de dicho proceso de interpretación. Al enjuiciar los debates entre los defensores de las ciencias sociales que demandan el análisis de los datos y la muestra de evidencias científicamente probadas y los del ensayo, la autora reconoce de éstos últimos la capacidad para ofrecer observaciones con una enorme lucidez y un especial atractivo de la cual carecen muchas monografías. Este razonamiento la lleva a examinar como una de las características del ensayo en general la de ser «un complejo nudo interpretativo en que confluyen hiladas narrativas y explicativas, y que se coloca a la vez como trasfondo u horizonte que explica la interpretación del ensayista y como resultado de dicha interpretación.» (2004: 31)

Al referirse específicamente al ensayo de interpretación y sus particularidades como poética del pensamiento, Liliana Weinberg sostiene que éste puede manifestarse como creación literaria en la que aflora con preponderancia la subjetividad del autor o como obra con énfasis en el análisis histórico o sociológico. Al mismo tiempo reconoce la importancia de ese tipo de ensayos en Latinoamérica, aun cuando fueron cuestionados durante la etapa de formación de las ciencias sociales en nuestro hemisferio. No obstante, apunta al hecho de que una nueva generación de ensayistas habría de retomar las dos herencias en una novedosa síntesis: «un nuevo tipo de ensayo de corte académico, que cumple los requisitos de sustento científico, rigor demostrativo y cuidado en la prosa se encuentra ahora a su vez normalizado.» (2007: 280)

Con el avance de sus investigaciones, Liliana Weinberg presta especial atención a la definición del ensayo como «una particular manifestación de la prosa de ideas» (2010: 22). En torno a ello se configura una manera de ver y colocar al ensayo como parte de un dominio que es compartido por otras manifestaciones (tratado, panfleto, artículo), pero

donde este género ocupa un lugar especial por ser una prosa de carácter no ficcional que ofrece interpretaciones de diversos temas, mediante las cuales se despliegan las particularidades del pensamiento en un contexto de ideas específico. A lo que agrega el interés del ensayista por hacer participar al texto en «una comunidad hermenéutica que el propio texto postula.» (2010: 23) De tal modo, aparece marcadamente el carácter dialogal del ensayo y la necesidad de aceptar al lector como un intérprete activo en el proceso de comprensión del texto. De hecho, este vínculo convierte al lector en un intérprete muy asociado a las cuestiones de sentido, en tanto dicha relación favorece los procesos cognitivos y comunicativos. Para Liliana Weinberg esa presencia del lector en las acciones comunicativas implica en lo fundamental la aprehensión de la experiencia ensayística en el contexto en que se manifiesta.

Significa que el ensayo nos muestra la representación de un proceso de interpretación del ensayista y que se asienta en la responsabilidad intelectual en el pensar y en la forma de decir, a partir de un punto de vista bien fundamentado, comprometido, coherente, convincente, organizado y con voluntad de estilo sobre aquellos temas y problemas que le son de interés. Como resumen de este ciclo de análisis, que por más de diez años ha desarrollado la investigadora Liliana Weinberg, sobre la dimensión interpretativa del ensayo resulta válido citar de la entrevista concedida en 2014 a Eduardo César Maia, una breve síntesis que generaliza sus conceptos acerca del tema en cuestión:

«El ensayo es prosa de ideas, escritura de interpretación, estilo de reflexión, que nos ofrece una perspectiva del mundo y participa al lector, como decía Ortega, de nuevas maneras de ver las cosas.» (2014: 274)

Otra arista en los estudios sobre el ensayo como obra de ideas es sugerida por la investigadora y ensayista Elena Arenas Cruz cuando define al ensayo como «la justificación razonada y argumentada de un punto de vista subjetivo sobre un tema de debate general.» (2005: 45)

El ensayo –precisa Arenas Cruz– es una clase histórica de textos cuya base es la argumentación; la lógica de este razonamiento indica que todos los planos textuales (semántico, sintáctico y comunicativo) están concebidos para justificar lo posible mediante la razón y establecer la credibilidad de una idea con la presentación de pruebas.

Sin embargo, en el ensayo éstas no son demostrativas, pues no parten de premisas verdaderas para llegar a conclusiones necesarias y cuyo valor es universal y atemporal.

El ensayista se vale de pruebas retórico-argumentativas, sostenidas por reflexiones probables o verosímiles y con validez en contextos concretos y con fines determinados. De ahí que en este género los argumentos son susceptibles al cuestionamiento y la crítica, pues están determinados por la subjetividad del autor. No obstante, como afirma Arenas Cruz «para describir su objeto y defender la tesis el ensayista aporta como pruebas: a) sus vivencias y experiencias personales; b) las vivencias de otros; c) sus valoraciones e interpretaciones subjetivas y d) argumentos retóricos.» (2005: 44-45)

Ensayar sobre la lucidez, a pesar de la ceguera

La dinámica del mundo contemporáneo, el desarrollo acelerado de las nuevas tecnologías, no siempre aprovechadas para bien de la gente, han configurado formas de entrecruzamiento comunicacional donde los usuarios comunes entran a zonas de intercambio y se inmiscuyen en debates de los que antes estaban excluidos. En estas circunstancias la difusión del pensamiento que favorece el crecimiento humano encuentra un espacio ideal, pero ese mismo espacio está también a disposición de la desinformación masiva y de la mentira emotiva por encima de la verdad de los hechos.

En el libro *Pensamientos críticos contemporáneos: análisis desde Latinoamérica*, Claudia Luz Piedrahita deja pistas útiles para introducir las siguientes observaciones finales, cuya intención va más allá de ser concluyentes. En su ensayo «Cartografía de los pensamientos críticos contemporáneos: una mirada de Razmig Keucheyan y Göran Therborn», apunta:

El pensar crítico es mucho más que un sistema de pensamiento; hace relación a fuerzas y movimientos constitutivos de los posicionamientos éticos y políticos del investigador. Lo que impulsa el pensar crítico no es la razón, sino la afectividad y el deseo, y en esta forma de pensar se descubre una forma de vivir en movimiento y apertura: es subjetivarse en la des-identificación, la mutación, la fuga y el diálogo con lo emergente. (2015: 56)

En estas circunstancias, ¿qué se puede demandar del ensayista y el pensamiento crítico?

- En los procesos de reflexión y crítica, el ensayista del siglo XXI no debe apartarse de las auténticas raíces del género: franqueza y naturalidad, expresión

transparente y claro juicio, producción de conocimiento y diálogo participativo con el contexto.

- Las interpretaciones del presente deben poseer una fundamentación en el entendimiento y estudio crítico del pasado para poder meditar sobre las posibilidades futuras, pero siempre sujeto a las condiciones que impone el escenario en que vive.
- La relación del ensayista con el contexto debe ser crítica y basarse en la búsqueda constante de asuntos que le permitan reflexionar en profundidad, para sugerir interpretaciones novedosas, marcar caminos inexplorados, reinterpretar y debatir conceptos; problematizar sobre la sociedad y los sucesos políticos; penetrar los circuitos de discusión y hacer valoraciones de las ideas dominantes; retomar los aportes de la producción intelectual y ofrecer sus experiencias; exponer sus expectativas y desafiar al pensamiento autoritario que exige una conducta acrítica y sometida; a los conservadores e inamovibles que retienen los cambios e impiden el desarrollo; afrontar los enigmas actuales contribuyendo con su obra a las nuevas formas de síntesis y descodificación.
- El ensayista es un artista de la palabra y, a la vez, un productor de conocimiento. En su labor como pensador crítico debe recorrer una ruta que parta del desmontaje del objeto de análisis y las doctrinas que lo sostienen; configure la estrategia hacia lo nuevo, hacia el cambio y concluya con la exposición de las ideas renovadoras.
- Debe llevar hasta sus últimas consecuencias la libertad de espíritu y el discurso reflexivo y crítico que le son inherentes, colocando la ductilidad que le ofrece el género como premisa para experimentar, exteriorizar su «yo» y solventar los escollos de la sistematización y el objetivismo de la ciencia. Debe ser «metódicamente ametódico» (Adorno, 1962: 23).
- Finalmente, el ensayista está consciente que sus argumentos y opiniones no son exclusivos ni concluyentes. Por tanto, las ideas o conceptos que defienda han de estar exentos de razones absolutas, de tesis supuestamente incuestionables. Por lo que debe conceder a los lectores igual libertad de pensamiento, donde aflore la subjetividad de éste en un diálogo de ideas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adorno, T. (1962). El ensayo como forma. En T. Adorno, *Notas de literatura*, pp. 11-36. Barcelona, España: Ediciones Ariel S.A.
- Alba, S. (2012). Socialismo y tecnología. *La Jiribilla* (582). Recuperado de: www.lajibilla.cu
- Arenas Cruz, A. (2005). El ensayo como clase de texto del género argumentativo: un ejemplo de Ortega y Gasset. En V. Cervera, B. Hernández, y M.D. Adsuar, , *El ensayo como género literario*, pp. 43-62. Murcia, España: Universidad de Murcia.
- Aullón de Haro, P. (2005). El género ensayo, los géneros ensayísticos y el sistema de géneros. En V. H. Cervera, *El ensayo como género literario*, pp. 13-24. Murcia: Universidad de Murcia.
- Besa Camprubí, C. (2014). El ensayo en la teoría de los géneros. *Estudios de Literatura* (5), 101-123.
- Cervera, V., y Adsuar, M. (2005). El bosquejo como arte. En V. Cervera, B. Hernández, y M. Adsuar, *El ensayo como género literario*, pp. 143-178. Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones.
- Gómez-Martínez, J. L. (1999). Teoría del ensayo. Salamanca: Universidad de Salamanca. Recuperado de: <http://www.ensayistas.org/curso3030/genero/ensayo/>
- Hernández, B. (2005). El ensayo como ficción y pensamiento. En V. Cervera, B. Hernández, y M. Adsuar, *El ensayo como género literario*, pp. 143-178. Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones.
- Martín Alagarra, M. (2009). La comunicación como objeto de estudio de la comunicación. *Análisis*, 151-172. Recuperado de: <https://ddd.uab.cat/pub/analisi/02112175n38/02112175n38p151.pdf>
- Piedrahita Echandía, C. (2015). Cartografía de los pensamientos críticos contemporáneos: una mirada de Razmig Keucheyan y Göran Therborn. En C. Piedrahita Echandía, Á. Díaz Gómez, y P. Vommaro, *Pensamientos críticos contemporáneos: análisis*

desde Latinoamérica, pp. 37-60. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas: Clacso.

Pupo, R. (2004). El ensayo como búsqueda y creación. Recuperado de: <http://redsocialeducativa.euroinnova.edu.es/pg/blog/read/554666/el-ensayo-como-bsqueda-y-creacin>

Serrano, P. (2017). *Comunicación jibarizada. Cómo la tecnología ha cambiado nuestra mente*. La Habana: Editorial Científico Técnica.

Weinberg, L. (2004). *Situación del ensayo*. México: UNAM, Seminario de Historia

Weinberg, L. (2007). El ensayo latinoamericano entre la forma de la moral y la moral de la forma. *Cuadernos CILHA*(9), 110-129.

Weinberg, L. (2010). *Estrategias del pensar: ensayo y prosa de ideas en América Latina Siglo XX*. México (Vol. I). México: UNAM, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.